

La intimidad con un espíritu satírico tan punzante como el del conde muerto a «impulso soberano», ayudaría seguramente a cultivar este ingenio con provecho. Lo cierto es que esa intimidad da a doña Justa el puesto que en toda literatura corresponde a los personajes ilustrados por otros de primer plano. Y no lo es menos que si, cual se afirma, una mujer muestra siempre en sus obras reflejo de alguna influencia varonil, ella no tomó de esa influencia sino la parte más espontánea, rechazando, en cambio, el «gongorismo», que tan fatigosos hace a veces los epigramas de Villamediana.

Desenfadada en su vida y en sus versos, Justa Sánchez del Castillo nos servirá de transición para llegar hasta las «prosistas», de las cuales (quitando las místicas) la mayoría fueron, asimismo, harto despreocupadas en punto a esa rigidez moral que los «moldes históricos» nos han habituado a creer inseparable de la gorguera y el guardainfante.

CAPÍTULO V

La novela, el teatro y la licencia de la pluma

Desarrollo de la imaginación. — El «Palmerín de Oliva» y el «Primalción». — El «Don Cristóbal de España», de Beatriz Bernal. — Feliciano Enríquez de Guzmán. — Leonor de la Cueva. — La «Loa Sacramental» de doña Ana Caro Mallén. — Las «Novelas amorosas y ejemplares» de doña María de Zayas y Sotomayor, y la escuela cínica

Quien se representara nuestras escritoras de los siglos XVI y XVII únicamente entregadas a las efervescencias de la mística, al anhelo de adquirir ciencia, o al de expresar en versos sus afanes y melancolías, incurriría en grave error. En el mismo que aquel que se imaginara estos siglos enmarcados por un rigorismo constante y absoluto.

Ante todo, conviene separar, con la inmensa distancia que existió realmente entre ellas, estas dos centurias. Mejor dicho, el período comprendido entre la terminación de la Reconquista, por los Reyes Católicos, y la muerte de Felipe II, y el comprendido entre el advenimiento de Felipe III y el de los Borbones. La moderna ciencia de la historia ha demostrado que, así como no hay individuos completamente buenos, ni completamente malos, sino individuos en quienes predominan preferentemente ciertas virtudes o ciertos vicios (individuos mejor o peor adaptados a su medio),

tampoco ha habido épocas virtuosas ni degeneradas, sino épocas en que la más estrecha o más floja disciplina moral ostentó en las costumbres, con mayor visibilidad, aspectos más severos o más relajados. Este «alternar» en el rigor y la indulgencia produce, naturalmente, tipos harto diversos, y así hemos de ver que nada se ofrece más distinto, y hasta más opuesto, que la vida de un español contemporáneo de Santa Teresa, y la de un español contemporáneo del Rey Galante: el primero podía muy bien — por encima de la evolución inevitable — asociar su mentalidad a la de un contemporáneo de la toma de Granada; el segundo, y no obstante la evolución que los separa, podrá muy bien entenderse con un contemporáneo de la construcción de La Granja. Aquél mira hacia la Edad Media, tanto o más que hacia el Renacimiento; éste aparta ya los ojos de la influencia de Italia, para ir respirando los aires de allende el Pirineo. La fiebre de investigación y de conquista, que a aquél le daba la sensación de poder abarcar el mundo en su ciencia y en su poderío, ya ha declinado, dejando a éste la impresión, harto desengañada, de que lo esencial es vivir plenamente la hora que pasa, y que no volverá.

No es cosa de estudiar aquí las múltiples circunstancias que hubieron de modificar tan radicalmente el carácter, y, por lo tanto, las costumbres españolas. Es estudio que no pertenece a la índole de estas páginas. Pero conviene tener presente esta transformación para comprender la libertad creciente de las plumas femeninas, y cómo éstas, olvidándose cada vez más de los temas elevados, pudieron entregarse, cada vez con mayor soltura, a las fantasías de su imaginación.

El grosero adagio del Conde-Duque, que quería «que las monjas se habían de estimar sólo para rezar, y las mujeres propias sólo para parir», no era fiel reflejo de la realidad sino en su primera parte. Ya no estaba

el mundo para santos, y mucho menos para santas tan «inquietas» como la doctora de Ávila. Sor María de Agreda era una excepción, y el Conde-Duque, al condenar tan radicalmente la obra de las religiosas fuera del recinto de las tapias de sus conventos, parece desde luego indicar que, ni las cosas del siglo habían de interesar a las monjas, ni las exaltaciones de éstas habían de tener parte en los asuntos del siglo (1). Ahora bien; la mujer no consagrada a un esposo celeste, sino a uno, o a unos amores terrenales, bien fuese bajo la influencia de las modas exóticas, bien fuese simplemente bajo la presión del transcurso del tiempo, manifestaba enérgicamente querer servir, y servir en efecto, para algo más que para dar herederos legítimos a su dueño y señor. Poco a poco, su intervención en la vida literaria iba haciéndose más objetiva: ya no se trataba únicamente de expresar sentimientos personalmente sufridos o gozados, y, menos aún, de intentar, con la pluma, perfeccionar unos conocimientos adquiridos como personal enriquecimiento del espíritu. Trátase de «imaginar cosas», cual hacen los escritores del otro sexo, y de publicarlas, para, con ello, adquirir gloria y provecho.

Y así es cómo, si bien nuestras costumbres, aún muy semejantes por entonces a las de esos helenos que sólo admitían por amigas a las cortesanas, no permitieron se lograra aquí el salón literario según la moda de Francia — con lo cual nuestro Siglo de Oro no conoció la plaga de las «preciosas ridículas» — no por eso dejamos de tener nuestra Scudery y nuestra La Fayette.

La mujer española habíase ido paulatinamente acostumbando a no escribir sólo por mera necesidad sentimental. Dió rienda suelta a su imaginación, y como nada es tan peligroso para ésta como el nutrirse de sí

(1) Véase el capítulo siguiente.

misma, los escritos femeninos llegaron aquí, en sus fantasías, a una tranquilidad en la libertad de expresión que con justicia ha podido ser tildada de cinismo.

En la quema de libros de Alonso Quijano, Cervantes, por boca del cura, echa al fuego el «Palmerín de Oliva», condenándolo con estas palabras: «Esa Oliva se haga luego rajas y se quemé, que aun no queden de ella las cenizas».

«Palmerín de Oliva» y su segunda parte, «Primaleón», podían ser tenidos por dos de los más caracterizados ejemplares de las novelas de caballerías, con todos los agravantes del género, entre los cuales no era el menor su extraordinario éxito y difusión. Principalmente de «Palmerín de Oliva» las ediciones, a partir de la salamanquina de 1511, sucedieron sin interrupción por espacio de más de un siglo, siendo digno de mención que entre ellas hubo varias en idiomas



FIG. 9. Portada de la edición veneciana del «Palmerín de Oliva» Madrid, Biblioteca Nacional

extranjeros, en inglés, en holandés, y, sobre todo, en italiano y en francés. En estos dos últimos, casi tantas como en español.

La edición de 1524 dice que ambos libros, el «Palmerín de Oliva» y el «Primaleón», «fueron trasladados del griego en nuestro lenguaje castellano, e corregidos y enmendados en la muy noble cibdat de Ciudadrodrigo,

por Francisco Vázquez, vezino de la dicha cibdat»: pero era cosa sabida — o por lo menos por cierta tenida — que el tal Vázquez era tan sólo el impresor, o «el publicador», y que con estos libros registrábase una historia análoga — igual aunque en sentido contrario — a la de la famosa Oliva Sabuco de Nantes: ésta había cubierto con su firma de mujer obras masculinas, para así darles mayor aliciente ante el lector; el «Palmerín» y el «Primaleón» aparecían, para mayor autoridad, con firma de varón, siendo en realidad productos de una imaginación femenina. Imaginación, desde luego, fértil en extremo, y hasta excesivamente desbordante, cual deja suponer Cervantes, en aquella a modo de crítica literaria que constituye el mencionado episodio del «Quijote».

El bachiller Juan Agüero de Trasmiera, en los versos que acompañan al «Palmerín», bien a las claras dice el sexo de su autor:

Quanto Sol Lunam superat, hebrissaque doctos
Tanto ista hispanos *Femina docta* viros
Femina composuit generis atque labores
Filius altisonaus scripsit arma libro.

Asimismo, la introducción de la edición del «Primaleón» de 1534, debida a Francisco Delicado — el autor, harto libre, de «La lozana andaluza» —, dice que «quanto más adelante va, es más sabroso, porque como *la que lo compuso era muger*, y filando el torno que pensaba cosas hermosas, que dezía a la postre, fué más enclinada al amor que a las batallas, a las cuales da corto fin». Y la obra termina con los siguientes versos (1):

En este esmaltado hai muy rico dechado.
Van esculpidas muy bellas labores.
De paz y de guerra y de castos amores,
Por mano de dueña prudente labrado.

(1) Al menos en varias de sus múltiples ediciones.

Todo lo cual, a nuestro juicio, es más que suficiente para incluir estos dos famosísimos libros de caballerías entre las producciones del ingenio femenino, aunque sin poder, por desgracia, estampar al frente de ellos ningún nombre certero (1).

Si timbre de honor fuera para las letras femeninas el comprender esta clase de obras (con lo cual probaríase al menos que ningún género permaneciéoles extraño) nada importaría el anonimato de la autora, o las autoras, del «Palmerín» y el «Primaleón», pues todavía queda otro libro de caballerías escrito por mujer, y no menos fantástico que aquéllos: «Don Cristalian de España», del que es autora doña Beatriz Bernal (2), y cuya primera edición está fechada en Valladolid, el 9 de enero de 1545.

Este «Don Cristalian de España» (3) es bastante menos disparatado, y está escrito con bastante más

(1) Hay quien los atribuye, por lo menos el *Primaleón*, a doña Bernarda Ferreira de la Cerda, la ilustre portuguesa, autora de la *España libertada*. Pero mal se compagina la inspiración de tan bellísimo poema con la elucubración de aquellas disparatadas novelas. Sin contar con que doña Bernarda nació en 1595, o sea cerca de un siglo después de la primera edición de las obras que se suponen suyas.

(2) La segunda parte de este libro fué publicada por doña Juana Bernal de Gatos, hija de la autora, y de la autenticidad de la atribución no deja lugar a dudas el privilegio de impresión otorgado en 1584 por Felipe II, el cual dice así: «Por quanto por parte de vos, doña Juana Bernal de Gatos, ciudad vezina de la villa de Valladolid, hija y única heredera de Beatriz Bernal, difunta muger que fué del Bachiller Torres de Gatos, nos fué fecha relación que la dicha vuestra madre auia compuesto un libro intitulado Don Cristalian de España, etc.....»

Ignóranse las fechas del nacimiento y de la muerte de doña Beatriz. Se la supone hija de Fernando Bernal, autor del *Floreiseo*, y se sabe que vivió en Valladolid, en la primera mitad del siglo xvi.

(3) «Historia de los invictos y magnánimos caballeros don Cristalian de España príncipe de Trapisonda, y del Infante Luzescano su hermano, hijos del famosísimo emperador Lindedec de Trapisonda. Trata de los grandes y muy hazafiosos hechos en armas que andando por el mundo buscando aventuras hicieron; corregida y aumentada por una señora natural de la noble y más leal villa de Valladolid».

claridad que el «Palmerín» y el «Primaleón»; por ello, sin duda, no logró tan crecido número de ediciones y traducciones. Además, ofrece el atractivo de su dedicatoria a Felipe II, en la cual la autora cuenta la «invención» del libro de un modo que había de hacer fortuna, y que todavía no ha caído en desuso en ninguna literatura:

«Yendo vn viernes de la Cruz con otras dueñas a andar las estaciones (ya que la aurora traya en mensaje del venidero día) llegamos a vna yglesia adonde estaua vn muy antiguo sepulchro, en el qual vimos estar vn defuncto embalsamado; y yo siendo más curiosa que las que conmigo yuan, de ver y saber aquella antigüedad, llegüeme más cerca y mirando todo lo que en el sepulchro auia vi que a los piés del sepultado estaua un libro de crecido volumen, el qual (aunque fuesse sacrilegio) para mí apliqué; y acuciosa de saber sus secretos, dexada la compañía me vine a mi casa, y abriéndole hallé que estaua escrito en nuestro común lenguaje, de letra tan antigua que ni parecía española ni arauiga ni griega. Pero todavía creciendo mi desseo y abraçandome con vn poco de trabajo, vi en el muy diuersas cosas escritas, de las quales como pude, traduxe y saqué esta historia».

* * *

Las autoras de libros de caballerías daban libre curso a los delirios de su imaginación en las aventuras de sus héroes; escritora hubo que aspiró a ser por sí misma heroína de las más fantásticas aventuras, y no obstante permanecer éstas harto dudosas, les debe parte no escasa de su celebridad.

A doña Feliciana Enriquez de Guzmán, verbigracia, antes que sus merecimientos literarios, le han señalado puesto principal en nuestra literatura las peripecias, relatadas por Lope en el «Laurel» (1), de aquella Feliciana que estudiaba en Salamanca disfrazada de varón, y a quien los celos de enamorada obligaron a revelar su sexo:

Pues mintiendo su nombre
y transformada en hombre,
oyó filosofía,

(1) Silva III.

y por curiosidad astrología ;
 aunque si se rebela, como suele,
 no hay verdad que revele,
 y de aquella científica Academia
 mereció los laureles con que premia,
 no de otra suerte que a Platón divino
 aquella celebrada Mantinea
 que en forma de varón a Grecia vino.
 Mas como amor pasión del alma sea
 y natural pensión de los discretos,
 y como la experiencia y los efectos
 nos muestran que jamás ha sido ingrato
 a la amistad al trato,
 si no le mira mal alguna estrella,
 puso los ojos Feliciano bella
 en un ilustre mozo
 que apenas el rubí del labio el bozo
 con el oro ofendía,
 descubriendo en un día
 cuanto la honestidad calló tres años
 logrando sus engaños
 los dos firmes amantes,
 de sus mismas pasiones estudiantes,
 hasta que Feliciano tuvo celos,
 y con lágrimas, voces y desvelos,
 dijeron de mil modos
 lo que a ella sólo amor, celos a todos.
 Con esto fué forzoso que el ausencia
 saliese por fiadora a la imprudencia
 de haberse declarado ;
 mas ¿cuando amor calló desesperado?
 Dn. Félix se quedó ; fuese la dama,
 que nueva Safo Salamanca llama,
 escribiendo a sus celos pesadumbres
 luego que penetró las altas cumbres
 del cano eternamente Guadarrama.
 Porque ¿cómo podía
 vivir, siendo mujer, donde tenía
 hábito y nombre de hombre
 tan bizarro, galán y gentilhombre,
 que con notable gracia entretenía
 damas, que con amores y desvelos,
 a unas daba favores y a otras celos,
 haciendo que muriesen en la fuente
 que de Narciso, por su error, se nombra
 de su mismo accidente,
 enamoradas de su propia sombra?

Pese a lo cual, nada es menos seguro que la identificación de este « estudiante » salmantino con nuestra

autora (1). Lo cierto es que ésta es mucho más conocida por aquella aventura, tal vez no menos apócrifa que escabrosa, que por su « Tragicomedia de los jardines y campos Sabeos », obra, si no muy lucida, por lo menos de gran empeño, y de la cual existen varias ediciones. Desde luego, léese mucho más fácilmente la aventura del « estudiante », versificada por Lope, que esta Tragicomedia, en la que los personajes anúncianse de esta guisa :

Clarisel, príncipe de Esparta y de Mycenas,
 por otro nombre Cryselo ;
 Beloribo rey de Macedonia, por otro nombre
 Lisdanso ;
 Adonis, hijo de Cyniras, rey de Chipre,
 de Fenicia, de Arabia y Pancaya, y de
 Mirra su hija, etc....

y cuyos recitados parecen propiamente un trabalenguas para embromar a quien tuviera el humor de leerlos en voz alta.

Pero la época hallábase acostumbrada a tales dificultades de forma y oscurantismo de fondo. Más aún : era extremadamente aficionada a ellos. Fuera o no doña Feliciano Enríquez de Guzmán el estudiante inmortalizado por Lope, de ella, escritora sevillana de las postrimerías del siglo xvi y los albores del xvii, representóse la obra titulada « Los jardines y campos Sabeos », en el bosque de doña Ana, cuando el duque de Medina Sidonia obsequió en él a Felipe IV, durante la jornada que el Rey hizo en Andalucía el año de 1624. Y, como para tales festejos habíanse elegido, cual es natural suponer, las comedias que más agrado habían de proporcionar a S. M., este hecho prueba, mejor que

(1) Doña Feliciano Enríquez de Guzmán nació en las postrimerías del siglo xvi, en Sevilla, en donde parece haber residido toda su vida. Casó dos veces, la primera con don Cristóbal Ponce de Solís y Farfán ; la segunda con don Francisco de León Garavito, ignorándose la fecha de su muerte.

ningún otro texto, la alta estima en que era tenida la producción poético-dramática de nuestra doña Feliciana.

* * *

También a la ilustre poetisa doña Leonor de la Cueva y Silva (1) hubo de sonreírle el éxito como comediógrafa con su obra «La firmeza en el ausencia», no siendo ocioso reparar en lo fácil que, en aquella época en la cual, al parecer, la mujer española hallábase al margen de la vida del país, resultaba el acceso de los «carros» y «corrales» a nuestras autoras. Así vemos que, de doña Ana Caro Mallen de Soto — sevillana según unos, y granadina según otros — (2), «la décima musa sevillana», como se la califica en «El Diablo Cojuelo», no obstante su fecundidad poética (3), lo que propiamente constituye su producción y le dió la gloria de que gozó entre sus contemporáneos fueron sus obras teatrales.

De éstas, «representadas en Sevilla y Madrid, y otras partes, con grandísimo aplauso», según nos asegura Rodrigo Caro en sus «Varones ilustres de Sevilla»,

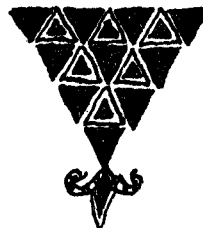
(1) Algunos historiadores llamanla doña Leonor de la Rúa y Silba, nombre con el cual figura en ciertos documentos. Nació a principios del siglo xvii, o tal vez en las postrimerías del siglo xvi, pues ya era conocida como poetisa en 1621, en que escribió un soneto a la muerte de su tío don Francisco de la Cueva. Parece haber residido la mayor parte de su vida en Medina del Campo, de donde todo hace suponer fuera natural.

(2) Tampoco de esta autora nos son exactamente conocidas las fechas de su nacimiento y muerte. Se sabe que residió largo tiempo en Sevilla, en donde formaba parte de la Academia Literaria del conde de la Torre, y en Madrid, adonde la llevó sin duda su amistad con doña María de Zayas. Sabemos, sí, que vivía todavía en 1645, puesto que en este año fechó su soneto a Palomares.

(3) Loas; Silvas (a Lope de Vega); Relaciones de fiestas; de «Entradas de Personas Reales»; décimas en elogio de don Francisco Salado; de doña María de Zayas, etc., que merecen no caer por completo en olvido.

de don rñe onor de la Rúa y Silba
y de las mueras su lo de brina

Se usen re el mi de nos di bi nos o jos,
en fin a usen re i lleno de del be las
si a la sen zia cruel si quien lo zelos
con fi so florit o me d can eno jos
y qui en gozava de sus rras id vo o jos
sin zan jos so bre sal to j idel be las
pue mi en wat du van los na blos los blos
de de tener la vi enda amisan to jos
Cuan do se a de a ca bar florit di bina
la vi gra o ja gen a de no ber re
i el coo bar de temo de re mud a pzo
q a un g eva en fir meza pene qv ita
y el mi amor de d daso de p d d re
aun q mo b e a sal g n a e j p e r o n s a
finis



Versos autógrafos de doña Leonor de la Cueva.
Madrid, Biblioteca Nacional

la que mayor fama alcanzó fué un drama titulado « El Conde de Partimples » :

¿Qué comedias traes?
— Famosas,
De las plumas milagrosas
De España.

*La bizarra Arsinda que es
Del ingenioso Cervantes,
Los dos confusos amantes,
El Conde Partimples... (1).*

dice un personaje de « La Corsaria catalana », de Matos Fragoso.

Pero nosotros preferimos dedicar nuestra atención a la « Loa Sacramental », compuesta para el Corpus sevillano de 1639 (2), y en la cual doña Ana, al hacer hablar a sus personajes, un portugués, un francés, un morisco y un negro, cada uno en su lengua y según su carácter, muéstrase nada menos que la antecesora, y antecesora brillantísima, del Goethe juvenil de la « Novela de viajes ».

* * *

A doña Ana Caro dióle fama, tanto como su talento, su amistad con doña María de Zayas y Sotomayor. Con esta última, abandonamos el campo del teatro, y tornamos al de la novela, siempre preferido de las plumas femeninas, que hallan en él mayores posibilidades de libertad, en el fondo y en la forma.

No es ciertamente de libertad de lo que carecen los escritos de esta célebre novelista, cuyas « Novelas amorosas y exemplares » parecen querer demostrar que las mujeres son siempre más extremadas que los hombres, y que, puestas a no reconocer fronteras, saltasen incluso las del recato más elemental. El nombre de María de

(1) Publicóse en el tomo XLIX de la Colección de Autores Españoles de Rivadeneyra.

(2) Loa Sacramental, que se representó en el Carro de Antonio de Prado, en las fiestas del Corpus de Sevilla, este año de 1639. Compuesta por Doña Ana Caro. Dixose en quatro lenguas. Con licencia. Impresa en Sevilla, por Juan Gomez de Blas.

Zayas (1) ha pasado a ser, en nuestras letras, sinónimo de descarado cinismo; su producción aparece algo así como el «pendant» de las «Amistades Peligrosas» de Chaderlos de Laelos. Fáltale, desde luego, la agudeza psicológica que hace de este último libro la más penetrante novela de costumbres, y uno de los más interesantes «documentos humanos» de todas las literaturas; no le faltan ni las galas de la imaginación, ni las del estilo, y éstas constituirían para sus contemporáneos cualidades primordiales, cuando es notorio que dichas «Novelas» alcanzaron, en breve tiempo, un número de ediciones muy superior al usual en las obras de circulación «reservada».

Tampoco está de más considerar la diferencia de ambiente entre su siglo y el nuestro. Pese a cierto rigorismo exterior, decíanse entonces, y hacíanse libremente, cosas que hoy exigen el velo del misterio o de la hipocresía. El escándalo de los amores de Felipe IV con una monja de San Plácido, no ha sido escándalo sino con la perspectiva del tiempo: entonces limitóse a constituir sabrosa comidilla cortesana. Invenciones a lo Boccaccio no eran para asustar a nadie, en un tiempo en que el Conde-Duque reconocía y encumbraba públicamente el «fruto de sus yerros pasados». Para «situar» cuerdamente las «Novelas» de doña María de Zayas en su ambiente, basta con recordar que la edición de 1664 hállase dedicada, pomposamente, «al Señor don Vicente Bañuelos y Suazo, del Consejo de Su Majestad, alcalde de su Casa y Corte».

Lope de Vega, cuya galantería inclínale, respecto a las escritoras de su época, a una hipérbole a veces

(1) Era hija de don Fernando de Zayas, caballero santiaguista, y vivió la mayor parte de su vida en Madrid, algunos años en compañía de doña Ana Caro Mallen de Soto; empero, el haberse publicado la primera edición de sus novelas en Zaragoza, deja suponer que también residiría en dicho punto.

sospechosa, dedicó a doña María de Zayas estos versos de la Silva VII del «Laurel»:

¡Oh dulces Hipocrénides hermosas!
 los espinos Pangeos
 aprisa desnudad, y de las rosas
 tejed ricas guirnaldas y trofeos
 a la inmortal Doña María de Zayas,
 que si pasar a Lebos ni a las playas
 del vasto mar Egeo
 que hoy llora el negro velo de Teseo,
 a Safo gozara Mitilenea
 quien ver milagros de mujer desea;
 Porque su ingenio vivamente claro
 es tan único y raro,
 que ella sola pudiera
 no solo pretender la verde rama
 para sola ser sol de tu ribera
 y tu por ella conseguir mas fama
 que Nápoles por Claudia, por Cornelia
 la sacra Roma, y Tebas por Targelia.

Y la primera edición francesa de las «Novelas» anuncia que son de *cette merveille de son siècle, doña María de Zayas y Sotomayor*. Lo cual, aun atribuyéndose a *réclame* del editor, no deja de probar la consideración alcanzada por la novelista en las letras de su tiempo (1).

Más todavía lo prueba el hecho de haber dado origen a una verdadera escuela literaria, que pretendía adaptar a los usos y costumbres del refinamiento cortesano las tretas de la antigua novela picaresca. Fueron muchos los escritores que, en la segunda mitad del diecisiete, tomaron como «punto de partida» las «Novelas Amorosas» de doña María de Zayas, basándose

(1) Como casi todos los escritores de aquella centuria, doña María de Zayas cultivó varios géneros literarios; y entre innumerables composiciones poéticas ha dejado una comedia en verso titulada *Traición en la Amistad*, la cual por cierto termina muy cristianamente, alabando «el Santísimo Sacramento y la limpia y pura Concepción de la Virgen sin mancilla». Pero, el ser esta autora conocida únicamente por la índole asaz libre de sus novelas, nos priva de detenernos en el resto de su producción.

en el extraordinario aplauso que había recibido a éstas, no sólo en España, sino también en otros países. Puede afirmarse que el calificativo de cínica, que acompaña a esta literatura, doña María lo debe antes a sus discípulos que a su propia producción; pues si bien algunos de éstos sólo vieron en ella lo que constituye realmente su principal cualidad, el sentido descriptivo y costumbrista — verbigracia, doña Mariana de Carvajal, autora de las «Navidades de Madrid y noches entretenidas» (1) —, la mayoría buscaron en esta escritora una justificación a las más desvergonzadas elucubraciones, con lo cual la escuela de doña María de Zayas «ha quedado como timbre de cinismo, y aun a veces de obscenidad».

A fines del siglo xviii, o sea en un tiempo en que la licencia no precisaba recurrir a la disculpa de una influencia anterior, la Academia de la Historia acordó no consentir la impresión de una obra remitida a su censura, explicando su acuerdo de esta forma:

«Certifico, que en una de las Juntas celebradas por la expresada Academia, el Individuo de ella a quien se cometió en examen de la obra titulada «Las tertulias murcianas», leyó el juicio que de su contenido ha formado, y expresa ser unas novelas en que se propone su autora doña María de Zayas por modelo, y que con menos corrección en el estilo, ni felicidad en la invención, tienen todos los defectos de aquéllas, sin un fin moral conocido, sin episodios que instruyan o interesen, sin variedad que divierta».

(1) Doña Mariana de Carvajal y Saavedra había nacido en Granada, a principios del siglo xvii. Las ocho novelitas que componen sus *Navidades*, no obstante su aplicación en seguir las huellas de las *Novelas Amorosas*, no pasan de la categoría de cuentos agradables, y algo insulsos. También compuso esta autora doce comedias, según dice ella misma en la introducción de su libro. De éste hicieronse varias ediciones, una todavía en 1728.

«Las tertulias murcianas» eran obra de doña Clara Jara de Soto, autora asimismo de ciertas «Letrillas» bastante graciosas.

A mayor descaro de fondo, mayor severidad de forma. Doña Clara hubo de sufrir unos rigores de que se había visto libre aquella a quien se la acusaba de tomar por modelo, y que había vivido en un tiempo ciertamente no más pervertido que aquel en que ella compuso estas desventuradas e inéditas «Tertulias».